

La poesía española a partir de los “novísimos” o generación del 70: tendencias, rasgos principales, autores significativos y obras esenciales.

Desde finales de los sesenta, surge un grupo de jóvenes poetas que van a conducir la poesía española por rumbos diferentes. Aunque, a veces, se hace referencia a ellos como **Generación de 1968**, en clara relación con los sucesos que se producen ese año en Francia y otros países del mundo, la denominación más común de todos estos nuevos poetas es la de los novísimos. Ello se debe a su sonada aparición colectiva en una antología preparada por el crítico José María Castellet y publicada en 1970 con el título de *Nueve novísimos poetas españoles*. Los antologados eran **José María Álvarez, Félix de Azúa, Guillermo Carnero, Pere Gimferrer, Antonio Martínez Sarrión, Ana María Moix, Vicente Molina Foix, Leopoldo María Panero y Manuel Vázquez Montalbán**. Todos ellos habían nacido ya después de la Guerra Civil, entre 1939 y 1948. Castellet los presenta explícitamente como escritores con una decidida voluntad rupturista con toda la literatura previa y un talante provocador muy en la línea de los movimientos vanguardistas de entreguerras.

Su esfuerzo se centra en ignorar la tradición literaria española, excepción hecha de algún poeta del 27 como Cernuda o Aleixandre y de algún otro (de la generación precedente como Gil de Biedma). Por el contrario, y para marcar su distancia con respecto a la Literatura española, hacen gala de su conocimiento de escritores foráneos, algunos ya descubiertos por los poetas de la promoción del 60: Eliot, Pound, Cavafis, Yeats, Sade, Lautréamont, Rimbaud, los surrealistas franceses, autores hispanoamericanos como Octavio Paz o Lezama Lima, etc. Indudablemente, y aunque en algún caso pueda haber cierta pretenciosidad al considerarse herederos de un conjunto tan variado y cosmopolita de poetas, puede decirse que la rica formación literaria de estos escritores – muchos de los cuales son profesores o han estudiado filología románica, hispánica o clásica–contribuye a dar un tono muy distinto a sus composiciones. Entre otras consecuencias, tal formación se manifiesta en el sesgo marcadamente culturalista de sus poemas, que rayan bastantes veces en el exhibicionismo cultural.

Precisamente, el gusto por lo decadente, exquisito o estilizado que estos poetas pretenden resaltar enmarcando sus textos en ambientes refinados, escenarios italianos o ciudades como Venecia ha hecho que también haya sido usual aludir a ellos de forma un tanto peyorativa como los *venecianos*. Pero al lado de esta orientación culta de muchos poemas, son también frecuentes en sus versos los motivos propios de la nueva sociedad de consumo, por lo que aparecen aquí y allá términos y topónimos anglosajones y referencias a héroes del cine, del deporte, de la canción, de los tebeos, de la política (caso, por ejemplo, del Che Guevara, convertido en objeto de consumo), etc. Esta reelaboración de los clichés de los mass-media tiene un mucho de frivolidad y de exhibición gratuita, pero también algo de irónica actitud provocadora e inconformista. De hecho, no faltan composiciones de tono grave sobre problemas íntimos o colectivos ni poemas críticos sobre la guerra de Vietnam, la sociedad de consumo... Otro tema reiterado en algunos de estos autores es el de la poesía misma: la reflexión metapoética de muchas composiciones insiste en considerar el arte como fenómeno autónomo, la poesía como un valor absoluto en sí misma y el poema como un texto autosuficiente. Por tanto, no cabe extrañarse de que la poesía vuelva a ser un arte minoritario, sólo para entendidos, y de que se le niegue cualquier posibilidad de influjo social.

Esta consideración esteticista de la literatura explica el interés primordial de estos poetas por el lenguaje, que los lleva a la experimentación radical con la materia lingüística, a la audacia vanguardista o al barroquismo expresivo:

La búsqueda de las posibilidades expresivas de la lengua se orienta tanto hacia el aspecto rítmico y musical como a su relación con la estructura de los textos o incluso a la ruptura con la lógica del discurso. En este sentido se vuelven a utilizar ciertos procedimientos surrealistas como la escritura automática, el collage (inserción de otros textos dentro del poema) o el verso libre amplio. Con todo ello, renuevan profundamente el lenguaje poético, aunque no pocas veces bordean el retoricismo o el simple manierismo. No obstante, pasados los primeros años de rebeldía juvenil e irrefrenable deseo de llamar la atención, casi todos estos poetas tienden a moderar el afán experimental, a limitar las referencias culturalistas, a eliminar artificios retóricos innecesarios, a una mayor sobriedad expresiva, en fin.

En un sentido amplio, el grupo de los novísimos no puede restringirse a los poetas antologados por Castellet, próximos a ellos por su fecha de nacimiento, por la coincidencia cronológica en la aparición de sus poemarios y por

su preocupación estética serían, entre otros, Juan Luis Panero (1942), Antonio Carvajal (1943), Justo Jorge Padrón (1943), José Miguel Ullán (1944), Antonio Colinas (1946), José Luís Jover (1946) y Jenaro Talens (1947). Algo más jóvenes, pero muy cercanos a los novísimos por el culturalismo de sus textos y por su orientación estética general están Luis Alberto de Cuenca (1950), Jaime Siles (1951), Luis Antonio de Villena (1951) y Andrés Sánchez Robayna (1952).

Para concluir este apartado, citaremos algunos títulos de libros de todos estos nuevos poetas aparecidos entre 1965-1975: *Arde el mar* (1966) y *La muerte en Beverly Hills* (1968) de Gimferrer; *Dibujo de la muerte* (1967), *El sueño de Escipión* (1971) y *Variaciones y figuras sobre un tenor cíe La Bruvère* (1974) de Guillermo Camero; *A través del tiempo* (1968) de Juan Luis Panero; *Tigres en el jardín* (1968) de Antonio Carvajal; *Pandas para conjurados* (1970) de Martínez Sarrión; *Así se fundó Carnaby Street* (1970) de Leopoldo María Panero; *Sepulcro en Tarquinia* (1975) de Antonio Colinas; etc.

Poesía a partir del 75

Es, desde luego, en el terreno de la lírica donde la multiplicidad de autores y textos es más evidente. Cientos de libros de poemas se han venido publicando cada año durante las últimas décadas, a los que habría que sumar los numerosos versos publicados en revistas, antologías y compilaciones diversas. Ello dificulta notablemente la sistematización de un magma lírico tan extenso. Pero, con todo, se pueden trazar algunas líneas generales de estos últimos veinte años de poesía española, aunque sin desconocer que la selección de rasgos y de nombres viene ya muy predeterminada por la hecha por las editoriales más relevantes en sus respectivas colecciones de poesía o la que han llevado a cabo con mayor o menor acierto diversos antólogos según sus personales criterios. Hecha esta importante consideración, cabe decir que en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Franco el grupo poético dominante sigue siendo el de los **novísimos**, pero teniendo en cuenta que, pasados los años iniciales de su llamativa revelación como grupo, los diferentes escritores encuadrables bajo esa etiqueta van buscando una fórmula de expresión más personal, aunque con un fondo común a muchos de los poetas que van llegando a la madurez lírica por esos años, formaran parte o no inicialmente de los llamados novísimos. De hecho, es ya bastante habitual referirse al conjunto completo de todos ellos como **Generación del 70**. En general, durante esa década se van atenuando en los textos de los ya no tan novísimos las actitudes provocadoras y polémicas, así como el culturalismo asfixiante de los denominados venecianos.

No obstante, algunas líneas poéticas anteriores, como la de la metapoesía (poesía cuyo objeto de reflexión es el mismo lenguaje poético), siguen presentes en las composiciones que, tras un largo silencio poético, publica Guillermo Carnero con el título de *Divisibilidad indefinida* (1990). En la tendencia metapoética pueden inscribirse asimismo algunos libros de finales de los setenta y principios de los ochenta de Jenaro Talens.

También ha perdurado, aunque con no gran vitalidad, la poesía experimental, que ha combinado la expresión verbal (a veces en muy pequeña proporción) con procedimientos visuales de carácter tipográfico o pictórico. El más conocido de los poetas experimentales ha sido José Miguel Ullán.

Por lo demás, el culturalismo exhibicionista de finales de los sesenta, reivindicado por unos y vilipendiado por otros, ha sido la piedra de toque de la evolución poética de estos últimos lustros.

Sin embargo, el culturalismo se fue depurando desde la mera decoración externa hasta el decidido entronque de muchos poetas con la tradición clásica. Esta línea clasicista es una de las más relevantes de la poesía española de las dos últimas décadas. Así, Luis Antonio de Villena parece encontrar su estilo propio en una mezcla de la tradición clásica greco-latina y el esteticismo decadentista; Antonio Colinas conjuga con maestría los aciertos expresivos del Modernismo con el aliento trascendente del mejor Romanticismo; Antonio Carvajal bebe en la poesía barroca de un Góngora o un Soto de Rojas, para construir con compleja sintaxis y elaborada métrica clásica, composiciones que aúnan el desengaño barroco con la desolación contemporánea:

Jaime Siles transita por los caminos de la poesía pura para elaborar unos poemas de acusado carácter intelectual que, por su densidad y concentración expresivas, han podido denominarse minimalistas. En esta línea de pureza poética y minimalismo expresivo, se sitúa también la lírica del canario Andrés Sánchez Robayna. Otros antiguos novísimos dirigen sus pasos poéticos por sendas muy independientes: Antonio Martínez Sarrión despoja de toda ornamentación sus textos en busca de una poesía donde alternan la ironía y el prosaísmo; Manuel

Vázquez Montalbán combina el guiño cultista y la tradición popular en poemas en los que no faltan las alusiones políticas ni la intención social...

Durante los **años ochenta**, sin que se advierta con nitidez una ruptura estética radical con la poesía precedente, sí se va gestando poco a poco una nueva sensibilidad lírica, algunos de cuyos rasgos podrían ser los siguientes: recuperación explícita de ciertos poetas anteriores a los novísimos como Francisco Brines, Jaime Gil de Biedma o José Ángel Valente, según los casos; vuelta decidida a la métrica tradicional con el empleo de estrofas y versos clásicos; reintroducción del humor, el pastiche o la parodia; gusto por la expresión de lo íntimo y de lo individual. Pero esta última característica no se expresa ahora como un ahondamiento trascendente en el ser o como un enfrentamiento al modo romántico del yo poético incomprendido con un mundo que le es hostil, sino que más bien los poetas pretenden expresar experiencias personales que pueden ser comunes a las de sus lectores, estableciéndose así una especie de complicidad mutua. Con ese propósito, se emplean unas referencias y un lenguaje que para ambos, poetas y lectores, resultan comunes, y que no son otros que los propios de la cultura de masas de las sociedades contemporáneas:

En esta sensibilidad común, para la que la denominación más utilizada ha sido la de poesía de la experiencia, conviven, sin embargo, tendencias poéticas y autores concretos a veces muy disímiles. Con todo, carácter urbano, temática realista, suave intimismo, interés por lo cotidiano y tono coloquial están presentes en los versos de poetas tan diferentes como Miguel d'Ors, Justo Navarro, Julio Llamazares, Fernando Beltrán, Felipe Benítez Reyes, César Antonio Molina... A ese aire coloquial y urbano se suman anteriores poetas que habían destacado por su culturalismo exhibicionista. Es el caso de Luis Alberto de Cuenca, quien, a partir de la publicación de *La caja de plata* (1985), muestra en su poesía un tono irónico y desenfadado.

Marcada preferencia por una estética realista, una temática urbana y cotidiana e interés por la crítica social presentan los textos de los poetas granadinos a los que suele agruparse con el título de una antología común: **La otra sentimentalidad** (1983). El más conocido de los autores de este grupo es Luis García Montero (1958), en cuyos versos, cuidados y precisos, resuenan los ecos de un Rafael Alberti o de un Jaime Gil de Biedma. Otros poetas de la otra sentimentalidad son Javier Egea, Antonio Jiménez Millán, Benjamín Prado, Alvaro Salvador, Javier Salvago...

Sobresalen también importantes voces líricas femeninas: el refinamiento expresivo de Juana Castro (1945), la desinhibición erótica en Ana Rosetti (1950), el amor juvenil en Almudena Guzmán (1964), la dicción superrealista en Blanca Andreu (1959), etc.

El intimismo característico de parte de la poesía española de los **ochenta** puede comprobarse en los poemas de inspiración romántica de los andaluces Francisco Bejarano, Alejandro Duque Amusco y Abelardo Linares. Intimismo neorromántico y poesía meditativa se dan cita en las composiciones de Juan Barja (1951), en las que también se aprecia el gusto por las formas métricas clásicas. Esta vuelta a la rima y a la estrofa es también característica de otros muchos poetas de los últimos años: Luis Martínez de Merlo, Fernando de Villena, Juan Lamillar...

Y, en fin, aunque en la mayoría de los casos parece que en la lírica española se ha dado por concluida toda experimentación vanguardista, perdura con vigor, bajo el magisterio de Valente y con los ejemplos próximos de Siles o Sánchez Robayna, la denominada *poesía del silencio*: Coinciden, pues, en esta poesía el conceptualismo intelectual y la densidad expresiva en textos breves y concentrados de formato minimalista. Se trata también de una poesía reflexiva de regusto filosófico próximo a lo metafísico, pues no en vano se deja sentir en algunos de estos poetas la presencia del pensamiento recuperado de María Zambrano. Aunque se rechaza en general la anécdota y todo tratamiento narrativo de la materia poética, el intelectualismo se hace compatible con cierto ahondamiento en el yo poético, que en algún caso aproxima a estos autores a la lejana tradición de los místicos. A esta corriente poética podrían adscribirse diversos libros de Amparo Amorós, Julia Castillo, José Carlos Cataño, José Luis Jover, Álvaro Valverde...